

donado y sediento: "si somos sólo un hombre — los dos, en este viernes de tu nada".

Lo que de sustento temporal de la expresión podemos considerar en el terceto final cabe considerarse en el carácter de emoción pura con que el poema termina, en cuanto la mayor carga del sentir del poeta (impresa aquí hasta con un matiz de ternura, al llamar hijo mío al Crucificado) hace del temple mantenido, un ánimo que sobrepasa la determinación de fe cristiana, para poder ser percibido en su íntimo y severo peso de existencia humana:

Y siento en mi costado todo el frío
y en tu abandono, a solas, hijo mío,
toda mi carne en ti crucificada.

Hay otro soneto de Miguel Arteche titulado *Luto*, de la misma vena religiosa, que concluye de un modo que ilustra más el temple de *Gólgota*:

¡Y cómo no estar lóbrego si vienes
sólo bajo tu zarpa de agonía
cuando sobre mi pecho te derrumbas!

JUAN LOVELUCK

NOTA SOBRE "LA ARAUCANA"

FALTA un estudio sobre el estilo de Ercilla, como los que han dedicado a Pedro de Oña el Dr. Rodolfo Oroz y Salvador Dinamarca¹; ni siquiera páginas tan penetrantes sobre *La Araucana* como las que ha escrito el profesor chileno Fernando Alegría² sitúan en definitiva al poeta en su estilo y en el imperante en su tiempo; es cierto que, tratándose del estudio de Alegría, debemos reconocer que lo que a él interesa es una nueva interpretación total

¹Dr. Rodolfo Oroz, prólogo a su edición de *El Vassauo*; *idem*, "Pedro de Oña, poeta barroco y gongorista", en *Primeras jornadas de lengua y literatura hispanoamericana*, Salamanca, 1956, pp. 69-90; Salvador Dinamarca, *Estudio del*

"Arauco domado", de Pedro de Oña, Hispanic Institute in the United States, New York, 1952.

²Fernando Alegría, *La poesía chilena*. Orígenes y desarrollo. Del siglo XVI al XIX. Tierra Firme, vol. 55, F. de C. E., México, 1954.

del poema y no sus primores expresivos: por algo el punto central de su ensayo lleva por título "Ercilla y la teoría de una nueva epopeya".

No repararemos nosotros esa laguna, por cierto, ni podría hacerse en esta breve nota; por lo mismo, sólo señalaremos algunos rasgos salientes de las influencias perceptibles en Ercilla y en su lengua poética.

Leyendo *La Araucana* se aprecian influencias muy diversas, y que suelen ser las comunes en un poeta renacentista, formado comúnmente en el gusto por las literaturas clásicas; nadie ha dicho hasta aquí que fuese extraordinaria la información literaria de Ercilla; sí que está inmerso en la tradición clásica apreciable —en grado mayor o menor— en los poetas de su tiempo: él no hace excepción. Ya señaló Menéndez Pelayo, y lo repitió Medina, las relaciones de Ercilla con Virgilio, especialmente notorias en la presentación de Dido en los cantos xxxii y xxxiii; *La Eneida* pudo ser conocida por Ercilla en latín o bien en alguna de las traducciones castellanas de su tiempo.

Con Lucano son numerosos los parentescos³; fundamental el de la concepción de una epopeya historicista: de su libro dirá Ercilla que "porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó poco trabajo juntarlos". Y en los versos 21-22 del primer canto, al pedirle al "gran Felipe" que reciba su poético envío, le recuerda que

*es relación sin corromper sacada
de la verdad, cortada a su medida.*

Lucano, nacido en Córdoba (39-65), dio una dirección nueva a la épica con el ejemplo de *La Farsalia*; de esa concepción distinta proviene la línea historicista que Ercilla representa. "La épica antigua —escribe don Ramón Menéndez Pidal—, lo mismo la virgiliana que la homérica, necesita para su constitución el mito, lo sobrenatural, y por eso a la vez necesita la borrosa lejanía de los sucesos cantados. Pero he aquí que Lucano percibe con proporciones épicas la realidad histórica de los acontecimientos próximos; renuncia a la más libre composición que le permitirían los sucesos de un pretérito nebuloso, para ejercitar la inventiva creadora en la selección de

³Los ha estudiado Clotilde Schlayer. "El caso de la épica histórica", en "Caracteres primordiales de la literatura española..." Introducción

al tomo I de la *Historia general de las literaturas hispánicas*, Edit. Bar-
na, Barcelona, 1949, p. XL.

los hechos por todos conocidos, en la estructuración de la multiforme actualidad, en la dramatización de las situaciones familiares a todos; los dioses de Homero y de Virgilio desaparecen; lo maravilloso queda reducido a prodigios naturales, sueños, horribles conjuros mágicos, todo realidades de la vida para la creencia popular, equiparables a las admitidas en la literatura española del siglo XVII". *La Araucana*, de Ercilla, es también poesía historial, sin más que escasos episodios en que intervienen maravillas de creencia popular, magias y sortilegios, como el indio mago Fitón y su cueva, imitación de Lucano, o prodigios cristianos como la aparición de la Virgen. Ercilla, oponiéndose a las teorías estéticas del Renacimiento, declarándose adverso a las practicadas por el Ariosto, se jacta de que *La Araucana* es "historia verdadera", aprobada en sus relatos de guerra por "muchos testigos que en lo de más de ella se hallaron" . . .⁵

Asimismo —aparte de los modelos que le ofrecía la epopeya clásica—, de Lucano pudo imitar la frecuencia de los largos discursos puestos en boca de sus personajes, sobre todo indios; recuérdese que en *La Farsalia* aparecen unos ciento veinte.

Pudo Ercilla leer a Séneca, en las traducciones contemporáneas o directamente; a la influencia del escritor hispanorromano ha de referirse el continuo afán de incurrir en glosas morales, que nuestro autor coloca, en la mayoría de los casos, iniciando cada canto; la filiación estoica o, mejor, senquista —y, por lo tanto, hispánica— de ese rasgo es indudable.

Entre las influencias italianas merecen recuerdo las de Dante, Boccaccio, acaso Petrarca; a Ariosto lo conocía bien, como que imita el comienzo del *Orlando furioso*, en versión negativa, aunque cante más de alguna vez los afectos amorosos —pues no será la suya poesía amorosa, de asunto cortesano—, en la conocida octava que inicia *La Araucana*. No poco de la visión idílica del mundo y del modo de entender la naturaleza —tan de su tiempo— deriva, con seguridad, de *La Arcadia*, de Sannazzaro.

Las influencias españolas en Ercilla son variadas, pero dos las sobresalientes: la de Juan de Mena y su *Laberinto* —por la que recibe Ercilla otro modo de enlace, indirecto, con Lucano— y la de Garcilaso de la Vega. La del autor de las *Trescientas* ha sido estudiada por la inmensa erudición

⁵*Ibidem*, p. LI.

de María Rosa Lida de Malkiel⁶, y al parentesco con Garcilaso se refieren casi todos los críticos que han dedicado estudios a⁷ Ercilla⁷.

La influencia del poeta toledano en su siglo y después de él fue considerable; baste el caso de Fray Luis de León, que lo sabía de memoria. Ercilla lo conocía muy bien; como muchos de sus contemporáneos —aun los no letrados—, aprendería “de coro” *el dulce lamentar* del toledano. Cuando don Alonso se desempeñó como aprobador de las obras que habían de llevarse a las prensas —en funciones de censura oficial, que los reyes encomendaban—, tuvo a su cargo autorizar la edición de las obras de Garcilaso, anotadas por Fernando de Herrera; en esa circunstancia afirmó Ercilla que no era “necesario que yo apruebe lo que Garcilaso escribió, *pues de todos es tan recibido y aprobado*”, lo que hemos de entender como un testimonio más de la honda huella garcilasiana en su tiempo y después de él.

A cada paso aparecen en *La Araucana* los recuerdos, mínimos o más extensos, del admirado poeta:

de aquel que dilató su muerte en vano...

(Canto V, v. 156)

que en vano su morir van dilatando

(Egloga I, v. 20);

o bien, el paisaje estructurado a la manera garcilasesca, con claras reminiscencias:

las ninfas por lo más sesgo del vado
las cristalinas aguas revolviendo
sus doradas cabezas levantaron,
y a ver el caso atentas se pararon.

(Canto IX, vv. 813-6).

Cuando apostrofa al rey Felipe, Ercilla escribe:

... pues conviene
para la grande innumerable suma

⁶María Rosa Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*. Publicaciones de la Nueva revista de Filología Hispánica, México, 1950, pp. 501-5 y *passim*.

⁷Véase, por ejemplo, el reciente estudio de Miguel Angel Vega, *Literatura chilena de la Conquista y de la Colonia*. Edit. Nascimento, 1954.

de vuestos hechos y altos pensamientos,
(Canto XXXVII, vv. 574-5),
se trata de una contaminación involuntaria —ingenuidad sería pensar en la copia servil y consciente— de los versos 24-6 de la primera *Egloga*:

luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras...

O bien, dentro del tópico del *paraje ameno*, apreciamos más largamente el recuerdo del famoso poeta:

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido:
*allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con rüido,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado...*

(Canto, I, vv. 283-90),

que reaparece en los versos 333-6 del canto XX:

*el agua clara en torno murmuraba,
los árboles movidos por el viento
hacían un movimiento y un rüido
que alegraban la vista y el oído.*

Otra influencia española de gran interés para entender la visión del indio y su problema en *La Araucana* es la de fray Bartolomé de las Casas o Casaus, que se hizo famoso con sus escritos polémicos acerca del trato recibido por los indígenas de mano de los conquistadores; recuérdese la publicación en Sevilla, 1552, de su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. De la lectura de fray Bartolomé proviene, sin margen de duda, la piadosa visión del indio que muestra Ercilla y su actitud de no compartir la dureza extrema que con ellos se usaba. El *lascasismo* de *La Araucana* —ya estudiado por la crítica— viene a explicar esa actitud, que exalta el investigador chileno Fernando Alegría, actitud expectante ante el indio, que se relaciona también con el hecho de mirarlo como "criatura natural", que buscaba el hombre del Renacimiento.

Estilo: corresponde a los patrones más o menos generales de la epopeya del siglo XVI. Es cauteloso Ercilla en el empleo del hipérbaton, si bien a veces incide en los usos que sus contemporáneos llegaron a exagerar: "No las damas, amor, no gentilezas / de caballeros canto enamorados..." (Canto I, vv. 1-2), o emplea el clásico esquema de separación del sustantivo de su calificativo: "*el bando asolaremos araucano*" (III, 111). No exagera, como le enseñaba la tradición retórica, la figura etimológica: "*hieren por herirle el aire vano*" (III, 328); "*los muertos que murieron peleando*" (VIII, 59); "*rendir no se quisieron / hasta que al crudo hierro se rindieron*" (III, 479-80), y otros casos muy frecuentes.

Entre los recursos preferidos por Ercilla y que se pueden ejemplificar abundantemente en *La Araucana*, debemos destacar la comparación en sus distintas posibilidades:

1) *Comparaciones zoológicas* —de ascendencia homérica—, la forma más abundante de comparación que aparece en *La Araucana*; es frecuente que el primer elemento del símil ocupe una octava entera:

Como el caimán hambriento, cuando siente
el escuadrón de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando,
que, abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y el insaciable vientre satisface,

*pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadrón del homicida...*

(III, vv. 185-194);

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandía:
dando de sí gran muestra y esperanza,
por más los persuadir arremetía;
y entre el hierro español así se lanza
como con gran calor en agua fría
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algún frío.

(*Ibid.*, vv. 305-312);

Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes jabalís fieros, cerdosos,
seguidos de sólidos rastros,
de la campestre sangre cudiciosos,
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos,
con *no menor* cudicia y pies livianos,
arrancan tras los míseros cristianos.

(*Ibid.*, vv. 449-56).

2) *Comparaciones mitológicas*, que ningún secreto encerraban para el hombre del siglo XVI, conocedor de la mitología y particularmente sensibilizado con ella:

Como el fiero Tifeo, presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
cuando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre
que vienen con gran ímpetu y estruendo
hecho piezas abajo en muchedumbre,
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

(VI, vv. 377-84);

cual los Ciclopes suelen, martillando
en las vulcanas yunques, fatigarse,
así martillan, baten y cercenan,
y las cavernas cóncavas atruenan.

(II, vv. 661-4);

como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cofraba fuerza y ánimo doblado,
así el airado Rengo embravecido,
que apenas en la arena había tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al extremo llegó de honrado y fuerte.

- 3) *Comparaciones históricas:*
como el romano César, que dudoso
el pie en el Rubicón fijó a la entrada...

(IV, vv. 831-4);

Nunca fue de Nerón el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista sola a tal hombre deleitosa;
ni aquello tan gran gusto le dio, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver cómo la llama se extendía,
y la triste ciudad se consumía.

(VII, vv. 489-96).

Junto a estos símiles aparecen, con frecuencia menor, las comparaciones vegetales, las referidas a los fenómenos de la naturaleza, las militares —explicables en un poeta-soldado como Ercilla—, las familiares y las vulgares.

Recurso muy propio de la poesía del siglo XVI es la perífrasis, rodeo o circunloquio, que permite evitar elegantemente la mención directa, menos poética, por una oblicua en que injerta el autor su sabiduría histórica, mitológica o geográfica. Garcilaso de la Vega, por ejemplo, al referirse a la muerte de su amada Elisa, en la *Egloga primera*, nos habla del “duro trance de Lucina”; de haber usado la expresión directa, habría tenido que suprimir la perífrasis en que menciona a la diosa protectora de los partos y referirse al trance biológico que cortó la existencia amada.

En *La Araucana* abundan las perífrasis mitológicas para dar referencias a tiempo y hora: “Apolo ya se había escondido / en el profundo mar” (II, 381-2), por ‘había anochecido’; “en acabando Apolo su jornada” (VII, 318) = ‘obscurciendo’; “Hacia el oriente vueltos aguardaban / si los febeos carros asomaban” (II, 391-2) = ‘aguardaban el amanecer, el momento en que regresa el carro del sol (Febo) arrastrado por los caballos febeos’; “La esposa de Titón ya [a]parecía”, por ‘salía la luna’, etc. También aparecen perífrasis de alguna base religiosa, como “sedientos de la sangre bautizada” (IV, 160), que vale por ‘sedientos de sangre española’; “los pueblos del Mesías” (VIII, 545), ‘los españoles’, o bien, simplemente, los rodeos elegantes: “fija en su favor la instable (‘inestable’) rueda” (IX, 242) = ‘favoreciéndoles la fortuna’,

Al orden barroquizante de la perífrasis pertenece la *desarticulación del numeral*, en que tanto se ejercitaron la poesía latina y la española medieval: “el caso milagroso aquí contado / aconteció, un ejército presente / *el año de quinientos y cincuenta / y cuatro sobre mil por cierta cuenta*” (IX, 141-4); “*el año de cincuenta y ocho entrado / sobre mil y quinientos, por febrero...*” En todo caso, el empleo de estos recursos se da con mucha cautela en nuestro poeta.

Ercilla recurre mucho a la antítesis u oposición de conceptos o ideas, que a veces realza la presencia de otro recurso, por ejemplo, de la perífrasis, en el ejemplo antes propuesto: “*fija en su favor la instable* (‘inestable’) *rueda*”. Otros ejemplos, de entre muchísimos señalables: “los ricos edificios *levantados / en antiguos canales derribados*” (VII, 503-4). “Por do la muerte *entró y salió la vida*” (III, 440). “Que pudiendo / *ganar, no se aventure a perder nada*” (III, 614). “La copia (‘número’) de los bárbaros *creciendo, / crece el son de las armas y refriega, / y los nuestros se van disminuyendo*” (VI, 217-9), ejemplo en que la breve figura etimológica (*creciendo-crece*) intensifica uno de los términos en oposición. También se da la larga antítesis numérica de fondo ético:

El felice suceso, la vitoria,
la fama y posesiones que adquirirían
los trujo a tal soberbia y vanagloria,
que en *mil leguas diez hombres* no cabían,
sin pasarles jamás por la memoria
que en *siete pies* de tierra al fin habían
de venir a caber sus hinchazones,
su gloria vana y vanas pretensiones.

(I, 515-22).

La hipérbole encuentra muy crecida representación en *La Araucana*; de abolengo en las letras españolas medievales —Berceo, Juan Ruiz, etc.—, se presta mucho para reforzar o enfatizar las exageraciones propias de quien desea encarecer las hazañas militares y los portentos bélicos de españoles y araucanos: “Los demás arremeten luego en rueda, / *y de tiros la tierra y sol cubrían*” (V, 225-6). “La espesa y menuda yerba verde / en sangre convertida el color pierde” (*Ibidem*, 265-6). “Le abrió una gran herida, por do al punto / *vertió de sangre un lago...*” (*Ibidem*, 289-90). “Sube el alto rumor a las estrellas, / sacando de los hierros mil centellas” (III, 423-4);

casos se dan, asimismo, de hipérbole de fondo histórico, como "habían premios ('premios') y joyas señaladas, / que *nunca los troyanos ni los griegos*, / cuando los juegos más continuaron, / *tan ricas y estimadas las sacaron* (*Ibíd.*, 711-4), para referirse a las recompensas que los araucanos ofrecieron en un torneo. También pertenece a la tradición hispánica la *hipérbole negativa* o disminuidora; en el torneo por sostener el pesado tronco, "Elicura a la prueba se previene, / y en sustentar el líbano trabaja: / a nueve horas dejarle le conviene, / *que no pudiera más si fuera paja...*" (II, 329-32). "De la plaza *no ganaban cuanto un dedo* / por esto y otras cosas que decía" (V, 397-8.) etc.

Para dar velocidad al verso y aligerar descripciones o narraciones, acude Ercilla a las repeticiones rítmicas o reiteraciones de términos en determinados lugares y circunstancias. Se encuentra bastante la *anáfora*, particularmente de elementos distributivos:

Quién sube la escalera y *quién* la abaja,
quién a la ropa y *quién* al cofre aguija,
quién abre, *quién* desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija;
quién contiene, *quién* riñe, *quién* baraja,
quién alega y se mete a la partija;
por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.

(VII, 385-392);

Juntáronse en un punto, y porfiando
por el campo anduvieron un gran trecho,
ora volviendo en torno y volteando,
ora yendo al través, *ora* al derecho,
ora alzándose en alto, *ora* bajando,
ora en sí recogidos pecho a pecho,
tan estrechos gimiendo se tenían,
que recibir aliento aún no podían.

(XX, 441-8).

El lector de Ercilla encuentra en su poema abundantes series enumerativas, sobre todo de substantivos y adjetivos; las rápidas series verbales, por último, contribuyen a dar animación a pasajes que la requieren;

Rota la dañosa asta, luego afierra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destronca y echa a tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza ...

(III, 321-4);

... *hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,*
piernas, brazos, cabezas cercenando:
los bárbaros por esto no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.

(III, 229-32)

don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.

.....

abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshebillan,
ruedan las rotas piezas y celadas,
y el aire atruena al son de las espadas.

(IV, 229-32; 261-4).

MARIO OSSES

FRONTERAS DE LA NOVELA Y EL CUENTO Y
"LA NOVELA DE CHILE"

(Fragmento de *Apunte a la Novela*)

EL CUENTO y la novela son relatos cuyas fronteras no siempre se discriminan con justicia. Hay quienes han creído solucionar la cuestión atribuyendo al primero mayor brevedad, lo que no siempre es efectivo, pues tal cuento de Bocaccio excede en longitud a alguna novela ejemplar de Cervantes, para no abundar en pruebas. Nadie ha opinado que Victoria de Knut Hamsun,